

R

eligi3n romana y cristianismo.

La mirada de Tertuliano en *Apologeticum* y *Ad nationes*

Cecilia Ames
Universidad Nacional de C3rdoba
Argentina.

Resumen: La mirada de la religi3n romana que los cristianos fuera de Roma dejar3n plasmada en sus escritos, muestra, por un lado, una clara percepci3n de las diferentes pr3cticas religiosas en diferentes ciudades del imperio, proporcionando un rico material para investigar esta religi3n como fen3meno local, regional y provincial. Por otro lado, sin embargo, tambi3n est3 presente e intimamente ligado a esto la cuesti3n de la recepci3n cristiana de la literatura romana, del rol que tuvieron los textos literarios que contienen informaci3n sobre religi3n para la expansi3n, el conocimiento y la difusi3n de la religi3n romana en cualquier lugar del imperio. Dos obras de Tertuliano, *Ad nationes* y *Apologeticum*, constituyen textos privilegiados para observar este procedimiento, pues las referencias a la religi3n romana que encontramos en ellas provienen sustancialmente de la tradici3n literaria, de all3 que estas obras se ofrecen, adem3s, como un espacio de reflexi3n sobre la literatura como medio de difusi3n, reflexi3n y cr3tica de las religiones.

Palabras claves: religi3n romana | cristianismo | apolog3as | recepci3n literaria | Religi3n provincial.

Roman Religion and Christianity. The vision of Tertullian in *Ad nationes* and *Apologeticum*.

Abstract: The vision of Roman religion that Christians outside Rome bequeath in their writings has two features. On one hand, it shows a clear perception of the different religious practices in different cities of the empire, as well as local selection in the reception of Roman practices, providing rich material to investigate this religion as a local, regional and provincial phenomenon. On the other hand, however, what is also present and intimately

bound to this is the question of the Christian reception of Roman literature, of the role played by the literary texts containing information on religion for the expansion, knowledge and diffusion of Roman religion anywhere in the empire. The apologies of Tertulian, the two books of *Ad nationes* and *Apologeticum*, constitute privileged texts to observe this procedure, because the references to Roman religion found in them stem substantially from the literary tradition, hence these works also offer a space for reflection on literature as a means of religious diffusion, reflection and criticism.

Roman religion | Christianity | apologies | literary reception | provincial religion.

Introducción

La tradición literaria cristiana de occidente que se inicia en el siglo II con los primeros autores latinos cristianos del norte de África inaugura una mirada a la religión romana desde un lugar diferente, no sólo porque lo hace desde otra religión, sino porque lo hace desde un lugar lejano a Roma, desde una provincia de la parte occidental del imperio. Estos autores, entre los que se destacan Tertuliano, Minucio Félix, Cipriano, Arnobio, Lactancio y San Agustín, en su afán por defender la religión cristiana, difundirla e imponerla, concentran sus esfuerzos en el ataque a la religión romana, intentando desacreditar sus dioses y sus prácticas religiosas. De allí que en estos textos cristianos encontremos numerosas referencias a la religión romana y a sus practicantes pero desde una nueva perspectiva, como elementos de un discurso que transforma la imagen tradicional e inaugura otro modo de construir al otro que será paradigmático en la tradición literaria occidental. Estas referencias a la religión romana son de lo más variadas y abarcan no sólo las prácticas religiosas de los ciudadanos romanos, las que son mencionadas, descritas y criticadas, sino que también abordan los intentos de sistematización y las discusiones teóricas sobre la religión romana que habían sido elaboradas por diferentes autores romanos, a los que se recepta de un modo especial y con los que se entabla una discusión.

De este modo, la mirada de la religión romana que los cristianos fuera de Roma dejarán plasmada en sus escritos, muestra, por un lado, una clara percepción de las diferentes prácticas religiosas en diferentes ciudades del imperio, así como también la selección local en la recepción de las prácticas romanas, proporcionando un rico

material para investigar esta religión como fenómeno local, regional y provincial. Por otro lado, sin embargo, también está presente e íntimamente ligado a esto la cuestión de la recepción cristiana de la literatura romana, del rol que tuvieron los textos literarios que contienen información sobre religión para la expansión, el conocimiento y la difusión de la religión romana en cualquier lugar del imperio. Desde esta perspectiva resulta importante el tema de las representaciones literarias y sistematizaciones de la religión romana y el manejo específico de estas sistematizaciones y representaciones por parte de los primeros apologetas latinos cristianos del norte de África, cuna de una construcción discursiva que se inicia en Tertuliano, es receptada y reproducida por Minucio Félix, Cipriano, Arnobio y Lactancio y alcanza su pleno desarrollo en San Agustín. Entre éstos, Tertuliano es el escritor más antiguo y sus apologías, los dos libros de *Ad nationes* y *Apologeticum*, constituyen textos privilegiados para observar este procedimiento, pues las referencias a la religión romana que encontramos en ellos provienen sustancialmente de la tradición literaria, de allí que estas obras se ofrecen, además, como un espacio de reflexión sobre la literatura como medio de difusión, reflexión y crítica de las religiones.

Aunque los documentos más antiguos del África cristiana lo constituyen las primeras versiones latinas de la Biblia, que lamentablemente no se han conservado, y las actas martiriales (Heine 2004: 131), la importancia de estos escritos apologeticos de autores africanos radica en que se trata de las primeras obras cristianas escritas en latín que han llegado hasta nosotros. Por tanto, estas obras constituyen la primera fuente de acercamiento a la mirada y el tratamiento de la religión romana por parte de los cristianos que viven, observan y luchan a favor del cristianismo y contra la religión romana fuera de Roma, pero bajo el dominio de Roma, esto es, en una provincia romana de la parte occidental del imperio. Sin embargo, esta literatura cristiana latina tiene sus precedentes en la literatura cristiana griega. Cuando al finalizar el siglo II los escritores cristianos del norte de África comienzan a escribir en latín, la literatura cristiana, cuya lengua hasta ese momento era el griego, ya contaba con una consolidada tradición en la escritura de obras apologeticas, que comenzaron a aparecer en la primera mitad del siglo II. Las obras apologeticas griegas, a diferencia de los textos cristianos anteriores que estaban dirigidos al interior de la comunidad para edificación y fortalecimiento de los fieles, se dirigían por primera vez al mundo exterior, a un público no cristiano, y entran en el dominio de la cultura, de la filosofía y de la ciencia de la época. De

este modo y con el objetivo de refutar las calumnias difundidas en el imperio sobre los cristianos y responder a la acusación de que los cristianos son un peligro para el estado romano, los apologistas griegos comenzarán una polémica con la filosofía, la mitología y las prácticas religiosas paganas, especialmente la religión griega y los cultos orientales. Con respecto a las conductas y prácticas, los apologistas llaman la atención sobre la virtuosa manera de vivir de los cristianos e insisten en que la fe en el dios único era necesaria para el mantenimiento y bienestar del mundo, del emperador y del estado. En el plano de la argumentación filosófica, expusieron lo absurdo e inmoral de las diferentes religiones, de la naturaleza de sus dioses y de los mitos de sus divinidades demostrando que sólo los cristianos tienen una idea correcta de dios.

En este sentido, los africanos se enrolan en esa tradición cristiana greco-oriental y las primeras apologías latinas presentan muchas de las características comunes a las obras apologéticas griegas. Sin embargo, las apologías latinas presentaron algunas diferencias importantes, en especial en lo que respecta a la religión romana, pues aunque las apologías griegas se dirijan formalmente al emperador, la religión romana no es tema en estas obras. Además, la recepción de textos latinos por parte de autores griegos es muy limitada y, por lo tanto, a diferencia de las apologías escritas en griego, en las latinas no se polemiza tanto con los filósofos griegos sino con autores latinos, y en esto reside la originalidad de esta literatura cristiana que comienza a desarrollarse en occidente, en el tratamiento de representaciones sistemáticas de religión romana. Aquí tendrán un lugar muy importante dos escritores romanos de época republicana tardía, Varrón y Cicerón (Rüpke 2004), aunque son muchos los autores latinos a los que se cita y con los que se polemiza: Séneca, Virgilio, Plinio, Livio, Tácito, Suetonio, entre otros.

Los escritores cristianos africanos polemizan con los autores romanos basándose y utilizando las referencias a las representaciones, sistematizaciones y argumentaciones sobre la religión romana que se encuentran en estos mismos autores. De este modo, la forma peculiar de recepción de los textos romanos, es el vehículo de la construcción de una imagen de la religión romana y de la configuración de un discurso antirromano, para lo cual los autores cristianos utilizarán las mismas herramientas y estrategias argumentativas romanas. Valiéndose entonces no tanto de la observación de prácticas religiosas como de la lectura de obras romanas, los cristianos han manifestado en sus escritos en qué consiste la religión romana, qué ritos practican sus seguidores, en qué creen

realmente los ciudadanos del imperio, cuál es la naturaleza de sus dioses, entre otras cuestiones. De estos escritos obtenemos una imagen específica de la religión romana desde la perspectiva de los intelectuales cristianos de un sector social acomodado en una determinada provincia romana. A partir de la lectura de estos autores surge entonces una cuestión: ¿cómo se llega a que una religión, que durante siglos fue comprendida como religión y se denominaba a sí misma *religio romana*, se convierta en superstición *-superstitio*? Sucesivas estrategias discursivas llevarán a que los autores cristianos no hablen más de religión romana o de las religiones de los ciudadanos romanos, sino que hablan de “paganismo” y llaman “paganos” a sus conciudadanos no cristianos, sin hacer ningún tipo de distinción. La religión romana —las prácticas de los ciudadanos romanos— se convirtió en poco tiempo en “paganismo”, sus dioses se transformaron en demonios y este rechazo de la religión romana constituye al mismo tiempo la génesis específica del catolicismo romano y la transformación de aquel cristianismo que comenzó en Galilea con la prédica de Jesús, proceso ligado a la expansión del cristianismo en occidente con su consecuente romanización y latinización. Los textos cristianos latinos testimonian este doble proceso, génesis del catolicismo romano y metamorfosis de la religión romana, además, de esos escritos surge un discurso antirromano, una imagen de los *pagani* y, sobre todo, un modo paradigmático de construir una imagen del otro y estigmatizar a los que no comparten las mismas creencias y prácticas religiosas (Cancik 1995: 200). Tertuliano inaugura este camino de construcción discursiva en latín.

Tertuliano

Quintus Septimius Florens Tertullianus (ca. 160-220) es el primer autor cristiano que puede ser localizado e identificado con relativa precisión. Nace en Cartago, la ciudad principal de la provincia romana de África, la cual durante esta época experimenta un notable desarrollo del urbanismo que alcanzará su punto culminante a principios del siglo III. Gracias a su floreciente agricultura, la provincia abastece a Roma mediante el envío regular de alimentos. El tráfico intenso del puerto convirtió a Cartago en una ciudad comercial y cosmopolita en la que se concentran varios centenares de púnicos, griegos, romanos y hebreos.

El padre de Tertuliano habría sido un oficial del ejército romano que gozaba de buena posición social y económica y quizás su familia haya pertenecido al *ordo*

equester, formando parte del sector social autóctono muy romanizado cuya evolución social es característica del siglo II (Schöllgen 1984: 176-187). Aunque en realidad contamos con muy poca información certera sobre su extracción social y sus actividades (Barnes 1971: 11-21), por las características de su vida y educación podemos deducir que pertenecía a un sector social acomodado. De acuerdo con este nivel social, Tertuliano gozó de una completa educación, que le facilitó un dominio perfecto del latín y el griego así como de la tradición literaria y filosófica. Recibió una sólida formación jurídica y retórica y alcanzó fama como abogado, pero no habría sido jurista. Los detalles sobre su vida que conocemos por Jerónimo (*De vir. ill.* 53) son en gran medida informaciones tomadas de las mismas obras de Tertuliano y en parte se basan en malentendidos, de modo que la propia obra escrita de Tertuliano constituye la fuente principal. Su vida transcurrió en la Cartago natal y quizás nunca estuvo en Roma (Barnes 1971: 243-245). Ambos padres eran paganos y desconocemos la fecha y detalles de su conversión al cristianismo, pues él mismo no se refiere a ello, pero generalmente se la sitúa alrededor del 193. A partir de allí puso toda su cultura jurídica, literaria y filosófica al servicio de la nueva religión. De temperamento violento y de ardiente energía, alimentó dentro de sí una pasión fanática por la verdad: para él todo el problema del cristianismo y del paganismo se reduce a la *vera vel falsa divinitas*; su defensa del cristianismo y su ataque al paganismo y la herejía fueron el móvil de una intensa labor literaria en la que combina el discurso jurídico y el apologético. Se conservan 31 obras, no todas completas, que, de acuerdo al contenido, se clasifican en obras apologéticas, doctrinales y polémicas, destinadas a combatir los errores doctrinales, y obras morales y ascéticas que versan sobre cuestiones de la praxis de la iglesia y de la vida cristiana. *De pallio*, un escrito corto y original en el que Tertuliano, como cristiano, defiende su decisión de seguir usando la vestidura típica de los filósofos, no puede ser comprendida en ninguna de estas categorías, pero generalmente se la asigna a la primera (Price 1999: 107). El *corpus* puede dividirse también en obras “católicas” y “montanistas”, subdivisión importante para la comprensión del autor y que ha sido tomada como criterio de la edición crítica del CCSL, I y II.

Tertuliano escribe un latín complicado, su estilo no clásico presenta fuertes connotaciones personales y, a su vez, plasma un léxico específico que constituye la base de la construcción de la terminología cristiana en latín. Aunque siempre aparece mencionado como el primer escritor latino y fundador del léxico cristiano

latino, hay que tener en cuenta que continúa con una tradición literaria cristiana que había comenzado en el norte de África antes de él, con las primeras traducciones latinas de la Biblia y las actas martiriales, entre otros textos (Daniélou 1970). Lamentablemente, la mayoría de estos textos se han perdido, y los orígenes de la literatura cristiana latina quedan oscuros, apareciendo Tertuliano como el primer escritor que, sin embargo, hunde sus raíces en una tradición latina africana que ya había acuñado algunos términos específicos en la traducción de la Biblia al latín (Cancik 1975: 116-119). De las numerosas obras de Tertuliano nosotros nos centraremos en *Ad nationes* y *Apologeticum*. En ambas obras, Tertuliano se sirve consecuentemente del mundo de representaciones de la cultura antigua y de la crítica de la religión, convirtiendo los argumentos habituales para la defensa del paganismo en argumentos para la ofensiva. Tanto por el contenido como por los destinatarios estas dos obras resultan claves para analizar la mirada de Tertuliano sobre la religión romana, esa religión que practican los ‘otros’, a los que están dirigidas las obras. Sin embargo, con respecto a los destinatarios de las obras de Tertuliano, es necesario aclarar que entre las apologéticas o destinadas a lectores no cristianos se cuentan también *Ad Scapullam*, *De testimonio animae*, *De pallio* y *Adversus Iudaeos*.

Ad nationes

Ad nationes es la primera apología cristiana en latín que ha llegado hasta nosotros y fue compuesta por Tertuliano en el 197. Consta de dos libros y se trataría de una apología dirigida al mundo que quedó inconclusa y no corregida, aunque otros investigadores afirman que se trata simplemente de un bosquejo y colección de material que encontraría su acabada expresión en *Apologeticum*, obra escrita poco tiempo después. El parentesco ente ambas obras salta rápidamente a la vista, pues casi la totalidad del contenido de *Ad nationes* se encuentra nuevamente en *Apologeticum* aunque con ciertas modificaciones y estructurado de un modo diferente. Esta parcial repetición del contenido ha dado origen a diferentes interpretaciones sobre la relación entre ambas obras, y especialmente, sobre el status y carácter de *Ad nationes* (Becker 1954: 58; Price 1999: 106). La obra se ha conservado sólo en un códice parisino del siglo XIX, el *Codex Agobardinus*, que contiene trece obras de Tertuliano y, a pesar de sus defectos, sigue siendo una fuente generalmente segura para la historia del texto.

El libro primero comienza demostrando que el procedimiento jurídico seguido contra los cristianos es irracional y va contra todos los principios de justicia, señalando Tertuliano que esta iniquidad es fruto de la ignorancia, pues los paganos condenan lo que no conocen (cap. 1 al 6). En los capítulos siguientes (cap. 7 al 19) refuta las denuncias y calumnias que se habían hecho corrientes sobre los cristianos y prueba que son falsas, desarrollando una argumentación en la que los adversarios son llevados al absurdo y ellos mismos deben ser acusados (*retorquere crimina*), de modo tal que aún en el caso de que las acusaciones contra los cristianos fueran verdaderas, los paganos mismos cometen crímenes peores, por lo que no tienen derecho a condenar. Con respecto a las referencias a la religión romana, es de notar que todos los datos concretos que aparecen en la obra sobre creencias o prácticas religiosas están extraídos de la tradición literaria, se trata siempre de ejemplos estandarizados tomados de diferentes géneros, especialmente filosofía, historiografía, poesía y manuales de retórica. Formalmente se trata de un discurso dirigido a numerosos destinatarios, ‘al mundo’; con frecuencia se encuentra la segunda persona del plural. La obra no tiene introducción y va directamente al tema:

Testimonium ignorantiae uestrae, quae iniquitatem dum defendit, reuincit, in promptu est, quod omnes qui uobiscum retro ignorabant et uobiscum oderant, simul eis contigit scire, desinunt odisse qui desinunt ignorare, immo fiunt et ipsi quod oderant, et incipiunt odisse quod fuerant (nat. 1. 1).

A pesar de que el tono del libro primero no es agresivo sino defensivo, la frase inicial del libro es ya ilustrativa de la manera en que Tertuliano construye al ‘otro’, ese destinatario no cristiano al que Tertuliano dirige su escrito. Sin duda, ese ‘mundo’ al que dirige la obra son los ciudadanos romanos cultos en general, entre los que se encuentran también aquellos encargados de administrar justicia, quienes no son los destinatarios directos de la obra, aunque pareciera que Tertuliano los tiene en la mira (Becker 1954: 76). A estos ciudadanos romanos cultos les llama la atención sobre su ‘ignorancia’, ignorancia relacionada con el odio y con el comportamiento contradictorio frente a la injusticia. Estas primeras palabras resultan entonces un sutil ataque a sus destinatarios, a los que construye como ignorantes e injustos y, a su vez, anuncia la temática del libro que gira alrededor de los procedimientos jurídicos. Tertuliano retoma y elabora mucho material de los apologistas griegos y, en general, no se desvía del camino iniciado por ellos. El

contenido de este primer libro se encuentra nuevamente casi completo en *Apologeticum*, aunque reestructurado y adaptado a los fines de la argumentación, lo cual ha implicado un proceso de selección que ha llevado a Tertuliano a exponer el material de un modo más conciso y dejar de lado algunas noticias y aclaraciones de *Ad nationes*.

El segundo libro reviste un carácter más original, en él Tertuliano emprende la crítica a las religiones paganas en general y ataca en particular las creencias romanas sobre los dioses ridiculizándolas de un modo incisivo; investiga el concepto de dios y prueba que las divinidades paganas son puras invenciones humanas, o se trata simplemente de hombres que han sido divinizados después de la muerte, de modo que no son los dioses los que han hecho grande el estado romano y, por lo tanto, su caída tampoco puede ser una consecuencia del abandono de su culto, contestando de este modo las acusaciones contra los cristianos. Para demostrar la irracionalidad de las doctrinas sobre los dioses y su reprochabilidad moral Tertuliano argumenta con numerosos ejemplos y detalles tomados de la historiografía, la poesía y filosofía, lo que pone de manifiesto su acabado conocimiento y dominio sobre tradición literaria romana. A diferencia del libro primero, el contenido de este segundo se encuentra nuevamente en *Apologeticum* de un modo mucho más resumido, aunque también aquí Tertuliano retoma y reelabora lo esencial. El tono de este libro ya no es defensivo sino decididamente agresivo (Opelt 1990: 13), pues de la sutil designación del destinatario como ignorante en el libro primero pasa a una denominación ofensiva directa al llamarlos *miserandae nationes*:

Nunc de deis uestris, miserandae nationes, congregari uobiscum defensio nostra desiderat, prouocans ipsam conscientiam uestram ad recensendum, an uere dei, ut uultis, an falso, ut scire non uultis (nat. 2.1.1).

También en este caso las primeras palabras anuncian el tema del libro, los dioses de los destinatarios romanos y la cuestión de la verdad y falsedad. Sin embargo, el objetivo de Tertuliano va más allá de la discusión filosófica sobre la naturaleza de los dioses y en el mismo capítulo primero ya deja en claro que va a emprender una crítica incisiva que abarca no sólo a los dioses sino a las prácticas concretas de la religión romana tradicional, las instituciones de los mayores, los mecanismos de legitimación:

Aduersus haec igitur nobis negotium est, aduersus institutiones maiorum, auctoritates receptorum, leges dominantium, argumentationes prudentium; aduersus uetustatem, consuetudinem, necessitatem; aduersus exempla, prodigia, miracula, quae omnia adulterinam istam diuinitatem [istam] corroborauerunt (nat. 2. 1. 7).

Para llevar adelante este objetivo Tertuliano tiene que alejarse del camino de los apologistas griegos (Becker 1954: 88) y recurrir a material sobre dioses y prácticas romanas. A este material lo encuentra en la obra de Marcus Terentius Varro, *Antiquitates rerum divinarum libri XVI*. Ya en el primer capítulo del libro segundo Tertuliano comienza con la exposición del sistema de Varrón, constituyéndose el libro completo en un diálogo y discusión con el autor romano. La obra de Varrón constituye no sólo el punto de partida de Tertuliano sino también el principio de estructuración de este libro, pues expone el sistema de Varrón y, de acuerdo con él, procede sistemáticamente, punto por punto. Tertuliano se vale aquí de la clasificación de Varrón (*tria genera theologiae*), que distingue los dioses de los filósofos, *genus physicum*, los dioses de los poetas, *genus mythicum* y los dioses de las naciones, *genus gentile*, e introduce en relación con este tercer género de dioses, que corresponde a la teología civil, la imagen de la adopción, pues se trata de los dioses que las diferentes naciones han elegido y adoptado para practicar su culto:

Triplici enim genere deorum censum distinxit: unum esse physicum, quod philosophi retractant, aliud mythicum, quod inter poetas uoluntatur, tertium gentile, quod populi sibi quique adoptauerunt (nat. 2.1.10).

Esta imagen de la ‘adopción’ que caracteriza la teología civil nos introduce en el modo en que Tertuliano intenta asir y comprender el status de las religiones en el imperio romano, abordar el tema de la libertad de prácticas religiosas y la pluralidad de cultos que difieren de una ciudad a otra y que en muchas ocasiones son desconocidos por los mismos ciudadanos romanos, de modo que a partir de aquí se referirá a las complejas y contradictorias relaciones entre religiones locales y religión universal. El concepto de ‘adopción’ aquí introducido, que encontraremos reformulado en *Apologeticum*, le resulta funcional tanto para la descripción de la pluralidad de cultos en el imperio como para la crítica de los dioses romanos, que pasivamente se dejan elegir y que, por lo tanto, dependen de la

contingencia y la arbitrariedad de las decisiones locales, lo que desarrollará en el capítulo 8 cuando retome el tema de la teología civil. A su vez Tertuliano, oponiéndose a las opiniones de los filósofos y las invenciones de los poetas, introduce la cuestión de la relación entre verdad y lugar (nat. 2.1.11) y esto le permite a continuación descalificar la adopción municipal como una elección que cambia de un lugar a otro, ya que cada localidad adoptaría divinidades diferentes. Ante esta teología, Tertuliano expone sus propias ideas sobre la verdad caracterizadas como *certa* frente a las opiniones de los filósofos, a las que califica de *incerta* y *varia*, *integra* frente a las invenciones de los poetas, a las que califica de *indigna* y *turpia*, y *communis* frente a los panteones locales, a las que califica de *passiva* y *voluntaria* (nat. 2.1.14).

Después de este primer capítulo, Tertuliano expone sistemáticamente en los capítulos siguientes el sistema de Varrón, ocupándose en la primera parte, en los capítulos 2 al 6, del *genus physicum*, del *genus mythicum* en el cap. 7, y del *genus gentile* en el cap. 8. Aquí retoma el tema de la adopción municipal, de dioses elegidos no de acuerdo a la verdad sino de un modo arbitrario: *libidine sumptos, non pro necessitate ueritatis* (nat. 2. 8.1). Y contrapone esto a su imagen de dios caracterizada como *communis: Deum ego existimo ubique notum, ubique praesentem, ubique dominantem, omnibus colendum, omnibus demerendum* (nat. 2. 8.2). Sobre esta base, Tertuliano hace notar que si aquellos dioses que son adorados universalmente, como las estrellas o elementos de la naturaleza, no resisten un examen filosófico, mucho menos aquellos dioses que a veces ni siquiera son conocidos por los mismos ciudadanos. Ilustra esto con una larga lista de dioses (nat. 2.8.3-7) que contiene, en primer lugar, divinidades centrales de diferentes provincias romanas: Atargatis de los sirios, Caelestis de los africanos, Varsutina de los mauros, Obodas y Dusaris de los árabes, el nórico Belenus. Y luego, citando expresamente a Varrón como fuente, añade una serie de dioses desconocidos de pequeñas localidades itálicas: Delventinus de Casinum, Visidianus de Narnia, Numiternus de Atina, Ancharia de Asculum y Nortia de Vulsinii, cerrando con la indicación sobre los dioses municipales, cuya adoración se limita al interior de sus murallas: *Satis rideo etiam deos decuriones cuiusque municipii, quibus honor intra muros suos determinatur.*

Esta libertad de adoptar dioses de la que gozan los habitantes de los municipios en el imperio romano tiene absurdas consecuencias, las que Tertuliano ilustra tomando el ejemplo de Egipto, que diviniza y adora a los animales. Siguiendo el

modelo estándar de divinizar, muestra que el dios Serapis es una transformación del personaje bíblico de José (nat. 2.8-19). La argumentación de Tertuliano muestra el sistema religioso romano como una suma interminable de religiones locales de modo que la religión romana no es otra cosa que un complejo conglomerado de divinidades desconocidas por los mismos ciudadanos del imperio.

La segunda parte del libro segundo abarca los capítulos 9-17 y se refiere a los dioses nacionales romanos que serían hombres divinizados o invenciones o personificaciones. En esto sigue a los apologistas griegos, que ya se habían referido a los dioses como hombres divinizados, pero Tertuliano utiliza autores clásicos y en su mayoría romanos, entre ellos Varrón, Cassio Hemina, Cornelio Nepote, Tácito, Diodoro Sículo y Plinio el viejo. De allí deduce Tertuliano que no son los dioses los que han hecho grande al estado romano y, por lo tanto, que su caída tampoco puede ser una consecuencia del abandono de su culto, contestando de este modo a las acusaciones contra los cristianos. En esta segunda parte del libro segundo Tertuliano continúa la polémica con la religión romana y especialmente con el sistema de Varrón, pero en otra dimensión (Rüpke 2004). El objeto de confrontación de Tertuliano no es ya la tripartición varroniana, ni la teología civil, sino Roma misma, la ciudad dominante que se legitima como tal a través de esta teología y difunde el absurdo. Aquí aparece la dimensión política de la teología y su relación con un sistema de dominación:

Sed quoniam omnis superstitio non iam philosophorum nec poetarum nec populorum, a quibus tradita est, sed dominantium Romanorum, a quibus occupata est, a quibus auctoritatem sibi extruxit, alia iam nobis ineunda est humani erroris latitudo, immo silua caedenda, quae undique conceptis superstitionum seminibus utiisque ueritatem obumbravit (nat. 2.9.2).

Retomando a Varrón, discute la distinción entre dioses *certi*, *incerti* y *electi* y luego entre *communis* et *proprius*. A continuación Tertuliano se refiere a los dioses romanos como *dei hostiles* y distingue entre dos tipos de dioses específicamente romanos, los que provienen de los hombres o los simplemente pensados, es decir, divinidades que resultan de la personificación de virtudes o poderes abstractos. Nuevamente Tertuliano introduce un catálogo de ejemplos polémicos e irónicos, llenos de sarcasmo, en los capítulos 9-11 cita a figuras romanas como el fracasado Eneas, el fratricida Rómulo y divinidades como Sterculus, el dios del excremento de los caballos, la hetera Laurentia, el amante Antino y las divinidades abstractas

de Varrón, de la alimentación, el nacimiento y el casamiento, las que son ridiculizadas y llevadas al absurdo en el capítulo 12. Pero no sólo las divinidades, sino la clasificación varroniana y romana misma son llevadas al absurdo. Luego de mostrar con detallada prueba que Saturno, el dios más antiguo, habría sido hombre, y por ello todos los dioses posteriores deberían compartir esa característica, aborda el tema de la credibilidad de los que después de la muerte se ha vuelto dioses y retoma la polémica con Varrón. Las listas de divinidades parecen no acabar: dioses, divinidades abstractas, héroes, animales, seres del zodiaco y toponímicos. Ante tantas especies de divinidades con diferentes funciones Tertuliano se pregunta: ¿qué les queda para hacer a los restantes dioses, cuando las divinidades especiales romanas ya han tomado todas las funciones?

La ridiculización e ironización de los dioses romanos, hecha siempre en base a datos y ejemplos que provienen de la tradición literaria, es el elemento constante de cada detallado catálogo de dioses de diferentes categorías. Desde allí aborda finalmente la cuestión de la legitimación del dominio romano y se pregunta si la superioridad política de los romanos puede basarse en su religiosidad. Ya los dioses romanos que ha mencionado y detallado hacen que esta afirmación resulte absurda, dioses como Sterculus, el dios del excremento, y Laurentia, una ramera, no pueden ser causa de la grandeza de Roma. Tampoco los dioses extranjeros que los romanos han adoptado después de vencer a otros pueblos pueden estar relacionados con la grandeza de Roma, pues de los dioses que no fueron capaces de defender a su propio pueblo difícilmente se pueda esperar que con los vencedores se comporten de otro modo. El imperio, además, no es una consecuencia de la religiosidad de los romanos, sino todo lo contrario, pues la expansión misma fue determinada por una falta de piedad e insiste en que los imperios no dependen de su religiosidad. El párrafo final del libro reafirma esta idea y deja clara la perspectiva universal de la argumentación de Tertuliano, reinos universales hubo antes de los romanos, y estos reinos no cayeron por causa de su religiosidad ni de sus cultos.

De esta mirada al contenido del libro segundo resulta claro que la argumentación filosófica, que es el punto de partida de Tertuliano, pues él anuncia al principio del libro que va a criticar el *error* (nat. 2,1,2), no es el único objetivo del libro. El destinatario de la obra que Tertuliano tiene en mente lo lleva a incorporar otros elementos más allá de la discusión filosófica sobre la naturaleza de los dioses, de allí sus referencias a las prácticas religiosas, especialmente de la

ciudad de Roma, y su original recepción de Varrón. La elección de Varrón no es casual, esta obra poco dice sobre las diferentes religiones del imperio. Su *Antiquitates rerum divinarum* es una obra de la república tardía que surge de las tendencias a la reflexión y a la sistematización que se desarrollaron en Roma a partir del siglo tercero como consecuencia de la expansión imperialista y del intensificado encuentro con la cultura griega. Respondiendo a esta tendencia, Varrón, por un lado, hace una compilación completa de las prácticas religiosas tradicionales, que de este modo quedan documentadas, y, por el otro, crea un marco sistemático para legitimar filosóficamente estas prácticas religiosas. El instrumento para esto es la diferenciación de tres tipos de teología, destacándose la teología civil, que concede un status teórico propio a las prácticas romanas tradicionales (Rüpke 2004). Varrón admite que el culto y el aparato divino son históricamente contingentes, pero como ciudadano romano se ve llamado a defender lo legitimado por la antigüedad y tradición de los propios antepasados. Esto es lo que ataca Tertuliano y está claramente expresado al comienzo del segundo libro (nat. 2,1,7), donde aborda la crítica a todas las prácticas basadas en el argumento de la tradicionalidad. De allí en adelante la confrontación con Varrón funciona como principio estructurante de todo el libro.

Tertuliano comienza dirigiéndose a las *miserandae nationes*, pero paulatinamente concentra su crítica y su ataque en el pueblo dominante, cuya sede es Roma. El contexto dominación-religiosidad hace que Roma sea la que expande y legitima la religión romana. De allí que su crítica se dirige sobre todo a las prácticas religiosas de la ciudad de Roma, información que toma de Varrón. Aunque todos los dioses son objeto de crítica, se ensaña especialmente con los dioses de los romanos, que son su propia imagen, y los ridiculiza al extremo. Estas consideraciones sobre las divinidades romanas le permite a Tertuliano atacar la idea de que la superioridad romana se base en la religiosidad utilizando el argumento de lo absurdo y ridículo de los dioses romanos y del fracaso probado de los dioses importados.

Apologeticum

Ésta es la obra más importante de Tertuliano escrita poco tiempo después de *Ad nationes* y se dirige a los magistrados, a la elite dirigente del imperio romano, a la que Tertuliano intenta convencer (Price 1999: 109). El texto ha sido transmitido en

dos redacciones o variantes del mismo autor (Becker 1954: 171), la redacción “vulgata”, contenida en la tradición manuscrita que ha llegado hasta nosotros, y la “fuldense” que proviene de la reconstrucción hecha en base al manuscrito que se conservó en el monasterio de Fulda y que finalmente se ha perdido. Por su cuidada organización, la riqueza de los argumentos y la fuerza retórica es considerada la pieza maestra de las apologías del s. II. Se trata de un alegato en el que Tertuliano comienza tratando las irregularidades del procedimiento utilizado contra los cristianos (cap. 1-3) y repasa el valor de las leyes que se aducen contra los cristianos (cap. 4-6). Luego defiende a los cristianos contra las acusaciones que les imputan crímenes ocultos o secretos (7-9) y refuta ampliamente la acusación de crímenes públicos (9-39). Defiende después que la asociación de los cristianos es perfectamente lícita, su doctrina es verdadera y su conducta es irreprochable (39-45) y finalmente estudia la relación del cristianismo con la filosofía porque es una verdad revelada por dios (46-50).

Apologeticum ofrece mucho material de *Ad nationes*, pero no se trata de una mera repetición literal, pues el material se encuentra muchas veces ampliado o desarrollado con otra finalidad, dispuesto de otra manera, respondiendo a una estructura argumentativa diferente y, en este marco, muchas de las expresiones presentan una forma más pulida y perfeccionada. A diferencia de *Ad nationes*, se trata de una obra organizada, que sigue una planificación y constituye una unidad. Desde las primeras líneas extrañamos el tono incisivo de *Ad nationes*, especialmente del libro segundo, que trataba fundamentalmente de un ataque a los paganos en general y a los romanos en especial, de allí el lugar fundamental que tiene la referencia a la obra de Varrón. En *Apologeticum*, en cambio, la disputa con Varrón ya no es el hilo conductor ni estructurante, pues se trata principalmente de una defensa de los cristianos. Tertuliano, volviendo a ciertas líneas ya planteadas en el libro primero de *Ad nationes*, incorpora creativamente elementos de la apologética griega y dirige su obra a los magistrados del imperio romano, destacando que ellos tienen la función de administrar justicia. Tertuliano intenta convencer a las autoridades romanas, de allí que su tono sea más persuasivo que incisivo; las primeras palabras son reveladoras del cambio de actitud de Tertuliano:

Si non licet vobis, Romani imperii antistites, in aperto et edito, in ipso fere vertice civitatis praesidentibus ad iudicandum palam dispicere et coram examinare, quid sit liquido in causa Christianorum [...] (apol. 1,1).

Con una nueva estrategia discursiva Tertuliano se dirige a los *Romani imperii antistites*, a los jefes del imperio, esto es, al sector dirigente romano en general (Price 1999:109), a los que, al final de la obra llamará *boni praesides* (apol. 50,12). Esta designación del destinatario contrasta notablemente con la agresión directa de la denominación *miserandae nationes* del segundo libro de *Ad nationes*. Indudablemente, el objetivo del discurso de Tertuliano, que ahora consiste en la persuasión, exige la construcción de un destinatario diferente. Este destinatario encontrará su correlato en numerosas expresiones a lo largo de toda la obra; apol. 2,14 es un ejemplo elocuente: *Hoc imperium, cuius ministri estis, civilis, non tyrannica dominatio est*, que pone de manifiesto el cambio de actitud de Tertuliano no sólo con respecto al destinatario sino con respecto a su consideración del sistema de dominación romano. Decididamente Tertuliano ataca la religión romana, no el sistema de dominación romano, pues muestra su valoración del imperio e insiste en la necesaria obediencia a las autoridades romanas.

A estas autoridades Tertuliano pide y exige con todo tipo de argumentos que a los cristianos se les reconozca la libertad de practicar su religión, como se les reconoce a cualquier habitante del imperio, pues casi todos los cultos de los griegos, romanos, egipcios y demás pueblos que pertenecen al imperio forman parte de la religión romana. A tal punto que a los egipcios se les permite consagrar animales y juzgar a aquellos hombres que han matado a un animal consagrado. Los judíos no están comprendidos en la religión romana, sin embargo tienen el privilegio de que su religión tenga el estatus de una *religio licita*. Esta apertura y tolerancia del sistema religioso romano sólo deja afuera a los cristianos. Con respecto a la libertad de culto, retoma el tema de la ‘adopción’ de las divinidades municipales y divinidades provinciales e introduce por primera vez la fórmula: *Unicuique etiam provinciae et civitati suus deus est* (apol. 24,8). Sin embargo, este pasaje con la lista de dioses provinciales y de desconocidas localidades itálicas presenta algunas diferencias con el de nat. 2, 8,3. En *Ad nationes* este pasaje estaba orientado a mostrar las absurdas consecuencias de la libertad de adoptar dioses que varían de una ciudad a otra y que terminan siendo desconocidos por lo mismos ciudadanos, mientras en *Apologeticum* es utilizado como argumento a favor de la libertad de religión, para mostrar que a todos se les permite practicar su religión y son los cristianos los únicos excluidos en tener derecho a una religión propia (apol. 24,9).

Sobre la base de las consideraciones sobre la verdadera y falsa divinidad también retoma el tema de la creencia de que los romanos rigen el mundo porque adoran a sus dioses (apol. 25) y agudiza los argumentos contra la relación entre dominio romano y religiosidad. Con ironía y sarcasmo relaciona a dioses romanos ridículos como Sterculus, Mutunus y Larentia con la expansión del dominio romano e ilustrando los argumentos con episodios literarios muestra lo absurdo de pensar que dioses extranjeros prefieran a los romanos, que son gente extraña. Como en *Ad nationes*, argumenta contra la relación de causalidad entre religión y grandeza del imperio y recuerda que los reinos no han crecido por la religión y tampoco se quedaron sin su religión aquellos que perdieron sus reinos y pasaron a formar parte del imperio romano.

Después que Tertuliano ha mostrado que la grandeza del imperio no se basa en la piedad (apol. 25-27), surge de la misma argumentación que el culto a los dioses por la salud del emperador es absurdo y aborda la temática del culto imperial y de la relación de los cristianos con el emperador (apol. 28-34): *Ventum est igitur ad secundum titulum laesae augustioris maiestatis* (apol. 28,3). Tertuliano contesta al reproche de crimen de lesa majestad y afirma que la forma cristiana de culto demuestra la lealtad al emperador. A continuación propone un imperio romano cristiano. En lo sucesivo Tertuliano deja en claro que los cristianos invocan al dios verdadero por la salud de los emperadores:

Nos enim pro salute imperatorum deum invocamus aeternum, deum verum, deum vivum, quem et ipsi imperatores propitium sibi praeter ceteros malunt. Sciunt quis illis dederit imperium, sciunt, qua homines, quis et animam, sentiunt eum esse deum solum in cuius solius potestate sunt, a quo sint secundi, post quem primi, ante omnes et super omnes deos (apol 30,1).

A fin de demostrar que los cristianos no son enemigos del estado ni de la humanidad (apol. 35-38), que es injusto llamar ilegales a sus asociaciones y con el objetivo de que se modifique esta consideración de *secta*, hace una descripción encantadora del culto cristiano (apol. 39.41). Los párrafos finales se dedican a destacar la superioridad de la verdad revelada y, recordando ejemplos romanos, como Cicerón y Séneca, culmina con una sutil exhortación al martirio.

Conclusión

La mirada de Tertuliano a la religión romana en estas dos obras presenta características especiales. La selección que hace de las fuentes de información no está determinada por la mera cantidad o calidad de información sobre prácticas religiosas, sino por las intenciones, el destinatario y el marco de recepción. Es indudable que estos escritos no son una fuente de información sobre creencias y prácticas, pues las referencias y los datos concretos sobre la religión romana que aparecen en ellos están tomados de la tradición literaria, se trata siempre de casos y ejemplos estandarizados que provienen de la filosofía, historiografía, poesía y manuales de retórica. La selección de información responde sin duda a la intención apologética cristiana y se toman aquellos ejemplos que muestran lo contradictorio, inhumano o ridículo de las prácticas religiosas romanas, de modo que resultan funcionales a la argumentación filosófica. Pero éste no es el único objetivo de Tertuliano, demuestra tener además una conciencia clara de la estructura de dominio del imperio romano, del rol de la ciudad de Roma y de su propio lugar como provincial, de allí que su polémica sorprendentemente se relaciona con Roma en lugar de relacionarse con su propio entorno perceptible para la mayoría de sus lectores.

De este modo Tertuliano, desde su situación de provincial, aborda el tema del dominio romano y en ese marco analiza y ridiculiza sus prácticas religiosas y muestra que los dioses romanos no pueden afrontar el desafío que significa el imperio, pues les falta universalidad. Toma la perspectiva universal y tiene en vista la totalidad del imperio, de allí que el lugar tenga un rol decisivo en su razonamiento. Tertuliano argumenta con las estructuras vacías que constituyen las religiones en el imperio romano: *provincia*, *civitas*, *municipium*, las poblaciones. La compleja relación entre religiones locales y religión imperial es lo que en todo momento está en el fondo, de allí su disputa con Varrón como proyecto de legitimar las prácticas religiosas romanas fuera de Roma. Argumenta basándose en el lugar y por eso utiliza las categorías romanas de religión local, religión provincial y religión imperial y en la crítica de estas categorías basa su propuesta de una única religión universal. Pero no se generan nuevas categorías, de allí que, al intentar imponer el cristianismo, hace de él una nueva religión romana.

Guía para profundizar el tema

Una introducción general con referencias a estudios específicos y actualizados se encuentra en Young, Ayres, Louth (2004) en particular el tema de los orígenes de la literatura cristiana en Heine (2004: 131-141) y Daniélou (1970), referencias al vocabulario cristiano latino en Cancik (1975: 116 ss.). Sobre los primeros apologistas latinos véase Price (1999) y Fiedrowicz (2000), en especial sobre las representaciones literarias de la religión romana en los primeros apologistas latinos Rüpke (2003). En cuanto a los problemas para escribir una biografía científica de Tertuliano véase Barnes (1971); estratificación social en Cartago y la extracción social de Tertuliano en Schöllgen (1984), el contexto religioso de Cartago en Rives (1995), Tertuliano como ciudadano romano de provincia en Price (1999: 126). Con referencia a *Ad nationes* y *Apologeticum* son fundamentales los trabajos de Becker (1954) y Waltzing (1931), sobre la datación de ambas obras Becker (1954: 33-35). Estudios básicos sobre Varrón son Cardauns (1978), Lehmann (1986 y 1975) y Lieberg (1973), para el tema de la recepción de Varrón es fundamental Rüpke (2004). Sobre religión como causa de la grandeza de Roma en *Apologeticum* véase Heck (1987: 22-94), en general sobre las relaciones de Tertuliano con el estado romano Klein (1968), sobre la relación con los paganos, especialmente el círculo senatorial en Klein (1968: 49-80), metamorfosis de la religión romana en Cancik, (1995). Importante para la conceptualización metodológica de religión provincial y religión imperial Rüpke (1997).

Bibliografía

Ediciones

- BECKER, C. (1954). *Tertullians Apologeticum*. München: Werden und Leistung.
- HEIDENTHALLER, M. (1942). *Tertullians zweites Buch Ad Nationes und De Testimonio Animae*. Studien zur Geschichte und Kultur des Altertums XXIII.
- HOPPE, HENRICUS. (1939). *Quinti Septimi Florentis Tertulliani Apologeticum*. Vindobonae-Lipsiae. CSEL 69.
- REIFFERSCHIED, A. y G. WISSOWA (1890). *Ad Nationes*. CSEL 20; 59-133.
- SCHNEIDER, A. (1968). *Le premier livre Ad Nationes de Tertullien*. Bibliotheca Helvetica Romana IX.

TEXTOS LATINOS Y TRADUCCIONES en www.tertullian.org. The Tertullian Project: a collection of material ancient and modern about the ancient Christian Latin writer Tertullian and his writings (Last updated 1st October 2005).

Bibliografia citada

- BARNES, TIMOTHY DAVID. (1971). *Tertullian. A Historical and Literary Study*. Oxford: Clarendon Press.
- BECKER, CARL. (1954). *Tertullians Apologeticum: Werden und Leistung*. München: Kösel.
- CANCIK, HUBERT. (1975). "Christus Imperator. Zum Gebrauch militärischer Titulaturen im römischen Herrscherkult und im Christentum", Stietencron H.v. (ed.), *Der name Gottes*, Düsseldorf, 112-130.
- _____. (1995). "Occulte adhuc colunt. Repression und Metamorphose der römischen Religion in der Spätantike", Kippenberg, Hans G., Stroumsa, Guy G. (edd.), *Secrecy and Concealment. Studies in the History of Mediterranean and Near Eastern Religions*, Leiden, New York, Köln: E.J. Brill.
- CARDAUNS, BURKHART. (1978). "Varro und die römische Religion: Zur Theologie, Wirkungsgeschichte und Leistung der 'Antiquitates Rerum Divinarum'", *ANRW*. II.16,1, 80-103.
- DANIÉLOU, JEAN. (1970). "La littérature latine avant Tertullien", *REL* 48, 357-75.
- FIEDROWICZ, MICHAEL (2000). *Apologie im frühen Christentum: Die Kontroverse um den christlichen Wahrheitsanspruch in den ersten Jahrhunderten*. Paderborn: Schöningh.
- HECK EBERHARD. (1987). *Me Theomachein: Die Bestrafung des Gottesverächters. Untersuchungen zu Bekämpfung und Anneigung römischer religio bei Tertullian, Cyprian und Laktanz*, Frankfurt am Main, Bern, New York: Verlag Peter Lang.
- HEINE, RONALD E. (2004). "The beginnings of Latin Christian literature", Young, Frances; Ayres, Lewis; Louth, Andrew (edd.), *The Cambridge History of Early Christian Literature*. Cambridge: University Press. 131-141.
- KLEIN, RICHARD. (1968). *Tertullian und das römische Reich*, Heidelberg: Carl Winter Universitätsverlag.
- LEHMANN, YVES. (1986). "Religion et politique autour des 'Antiquités divines' de Varron", *REL* 64, 92-103.
- _____. (1997). *Varron théologien et philosophe romain*. Collection Latomus 237. Bruxelles: Latomus.

- LIEBERG, GODO. (1973). "Die "theologia tripartita" in Forschung und Bezeugung", *ANRW I.4*, 63-115.
- OPELT, ILONA. (1980). *Die Polemik in der christlichen lateinischen Literatur von Tertullian bis Augustin*. Heidelberg: Karl Winter Universitätsverlag.
- PRICE, SIMON. (1999). "Latin Christian Apologetics: Minucius Felix, Tertullian, and Cyprian." Edwards, Mark; Goodman, Martin; Price, Simon (ed.), *Apologetics in the Roman Empire: Pagans, Jews and Christians*. Oxford: Oxford University Press. 105-129.
- RIVES, JAMES BOYKIN. (1995). *Religion and Authority in Roman Carthage from Augustus to Constantine*. Oxford: Clarendon.
- RÜPKE, JÖRG. (1997). "Römische Religion und Reichsreligion. Begriffsgeschichtliche und methodische Bemerkungen", Cancik, Hubert, Rüpke, Jörg, *Römische Reichsreligion und Provinzialreligion*, Tübingen, 3-23.
- _____. (2004). "Neuorganisation von Wissensbeständen in der spätrömischen Republik: Varronische Theologie zwischen traditioneller Religion und philosophischer Rationalität", Krasser, Helmut; Rieger, Stefan; Vollhardt, Konrad (Hg.), *Schatzkammern des Wissens*. Formen der Erinnerung. Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht, 34-66.
- SIDER, ROBERT DICK. (1978). "Tertullian On the Shows: an analysis", *Journal of theol. Studies*, NS XXIX, 2, 339-365.
- STEINER, HEINRICH. (1989). *Das Verhältnis Tertullians zur antiken Paideia*. St. Ottilien: EOS Verlag.
- SCHÖLLGEN, GEORGE. (1984). *Ecclesia sordida? Zur Fragen der sozialen Schichten frühchristlicher Gemeinden am Beispiel Karthagos zur Zeit Tertullians*, Münster.
- TURCAN, MARIE. (1986). *Les Spectacles. Introduction, texte critique, traduction et commentaire*. Sources Crétiennes Nr. 332. Paris: Les Éditions Du Cerf.
- WALTZING, JEAN-PIERRE. (1931). *Tertullien, Apologétique: Commentaire analytique, grammatical et historique*. Paris: Belles Lettres.
- YOUNG, FRANCES; AYRES, LEWIS; LOUTH, ANDREW (eds.) (2004). *The Cambridge History of Early Christian Literature*. Cambridge: University Press.
- ZILLING, HENRIKE MARIA. (2004). *Tertullian. Untertan Gottes und des Kaisers*. Paderborn: Ferdinand Schöningh.

Recibido: 6 de octubre de de 2005 Evaluado: 17 de octubre de 2005 Aceptado 2 de octubre de 2005
